

Crónica de un colado

Jorge Vázquez Ángeles

Se denomina colado a la fabricación in situ de una losa de concreto armado, cuyo grosor fluctúa entre los 8 y los 10 cm, y que se refuerza con varillas de acero de, regularmente, $\frac{3}{4}$ de pulgada. Así lo supervisa un arquitecto.

A LAS SIETE Y TREINTA DE LA MAÑANA llego a la obra, que se localiza en un pequeño pueblo muy cerca de Valle de Bravo, Estado de México. Para mi disgusto, los albañiles ya han comenzado a trabajar. El zumbido de una planta de energía portátil, de esas que funcionan con gasolina, y el repiqueteo del “trompo”¹ me alteran más. Me preocupa mucho la cantidad de agua con que preparan la mezcla. El cemento es el resultado de la pulverización y calcinación de piedras calizas y arcillas, que al mezclarse con agregados (arena, grava) y agua, se endurece y se convierte en concreto. Si se agrega demasiada agua el concreto pierde resistencia, aunque eso parece importarles poco a los albañiles, para quienes la exacta cantidad de agua es sólo una ocurrencia del “arquí” citadino que se toma las cosas demasiado en serio. Luego de saludar a los doce “boteros”, quienes ya suben y bajan cargando al hombro una cubeta de veinte litros,² ascendiendo por la típica rampa de una obra en construcción: dos vigas de madera con una

¹ El *trompo* es una pequeña revolvedora que funciona por medio de un motor de gasolina o diesel, que gira para homogeneizar la mezcla que producirá concreto.

² Los manuales que indican las proporciones adecuadas para producir concreto se refieren casi siempre a botes alcohólicos de 18 litros, aunque son más usuales, por su facilidad para conseguirse, cubetas de plástico donde se envasa pintura vinílica.





serie de peldaños del mismo material, sin barandales ni protección alguna. La construcción es una actividad donde el riesgo es tan indispensable como la cuchara³ o el nivel.⁴

El concreto funciona muy bien a la compresión: si tomáramos un pequeño cubo de concreto y tratáramos de aplastarlo, sólo una carga muy fuerte podrá pulverizarlo; a la inversa, el concreto trabaja muy mal a la tensión: si estiráramos el cubo imaginario resultaría más fácil romperlo, por eso el concreto se arma con varillas de acero, que resisten mucha tensión o estiramiento.

Don Fas es el maestro de obra responsable de la construcción de la casa. De tez morena y hablar pausado, siempre lo he visto con una gorra puesta. Hábilmente atraviesa de un lado a otro vigilando que ningún contratista interrumpa o lleve al traste el colado. Me

³ La cuchara es el instrumento primordial del albañil. Se trata de una especie de espátula con forma de romboide que se sujeta por medio de un mango de madera. Se utiliza para aplanar superficies (en este caso para ir emparejando la losa de concreto armado) o para “lanzar” mortero o concreto para recubrir paredes.

⁴ El nivel es una pesa de latón que se suspende para verificar que los muros de una construcción guarden la vertical.

mira y antes de que le reclame por no haberme esperado me dice: “Le estamos echando uno y medio de agua”. Una losa de concreto armado debe tener, por lo menos, una resistencia de 200 kg/cm^2 , es decir, cada centímetro cuadrado de la losa deberá soportar hasta 200 kg de peso antes de romperse. Según las tablas de proporciones, por cada bulto de cemento de cincuenta kilos hay que agregar cuatro botes de arena, cinco de grava y $1\frac{1}{2}$ botes de agua. Como no le creo nada a don Fas, desde lo alto vigilo a las cuatro personas que trabajan alrededor del trompo: el señor Fausto, un gordito gangoso, es el responsable de echar el cemento dentro del trompo, verter el agua y después operar el volante para vaciar el contenido; el segundo hombre lo recoge con una pala y llena las cubetas de todos los boteros una y otra vez. Don Pedro, que cada año viaja a Estados Unidos o Canadá para cultivar hortalizas, se encarga de llenar las cubetas con arena; no conozco al cuarto hombre que alista las cubetas con grava. Desde mi perspectiva, lucen como una pequeña unidad militar dentro de una trinchera. También es un trabajo duro y fundamental: en cualquier obra, de ellos depende el ritmo eficiente del colado. Si se atrasan, alargan un proceso agotador e imparable. Don Fausto se asoma al trompo para verificar la mezcla, por lo que en poco tiempo, su rostro queda cubierto con el fino polvo del cemento. Desde donde estoy noto que está demasiado seca. Entonces Fausto toma la cubeta y echa un poco más de agua, luego más y más. El resultado: un amasijo que al volcarse se desparrama sobre la calle. El sujeto de la pala se alegra. “Así está muy bien, Fausto”, le dice. Bajo por la rampa, siempre con el temor de dar “el changazo” y retirarme en camilla. Se nota que estos hombres no se sienten a gusto bajo mi vigilancia. Atendiendo mis indicaciones, la mezcla obtenida es más firme, pero no

por ello seca. El sujeto de la pala no está de acuerdo, pero se guardará sus comentarios hasta que me vaya a verificar que el emparrillado se esté calzando⁵ debidamente, aunque debió hacerse con pequeños cubos de madera antes de iniciar el colado. Se lo reclamo a don Fas. Con la calma que lo caracteriza, me dice que no hay problema pues su compadre, por medio de un martillo, levanta las varillas para que el concreto las separe de la cimbra. Tres horas después, el ir y venir de los albañiles se vuelve una danza repetitiva, una rutina que sólo se rompe cuando una gota de sudor resbala por la nariz, o cuando advierto que, por el esfuerzo, los brazos se estremecen cada vez que impulsan la cubeta para elevarla hasta el hombro. En promedio cada uno de ellos está levantando en cada envión entre quince y dieciocho kilos. Don Fausto levanta un bulto de cemento de cincuenta kilos en cada carga del trompo. Al final de día, don Fausto habrá levantado 3,510 kilos para terminar de colar una losa de 108 m².

Me preocupa que por el cansancio alguien dé un mal paso en la rampa y se rompa un brazo; también podría ocurrir un tropezón que ocasione que alguien se clave una de las varillas de los castillos, o que al-

guien pise un clavo mal colocado. Por fortuna todos resultan ilesos. Toda obra implica una fuerte tensión psicológica.

Seis horas después, el concreto cubre la última esquina de la losa. Las doce personas se sientan sobre la banquetta, buscando una sombra que los refresque un poco. La tradición impone comida para todos y varios cartones de cerveza. Tras los tacos de arroz, frijoles, carne con papas y unas Coronas, se liquida a cada hombre. El pago fluctúa entre lo simbólico y lo irrisorio. El esfuerzo no corresponde con la cantidad de dinero recibido; eso lo saben, pero nunca lo dirán, los diputados y los ministros de la Corte.

Si la trascendencia —ese estado nebuloso que para algunos consiste en conducir un avión y estrellarlo contra un edificio— se alcanza por medio de tres sencillos pasos (plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo), no puede negarse que se trata de un bálsamo efectivo para quienes han copiado su existencia de un manual de botánica: nacer, crecer, reproducirse y morir. La cuestión es que la receta pasa por alto un elemento fundamental: la vivienda, la casa, esa unidad que para Bachelard configuraba una poética. ¿No es más importante tener una casa donde plantar el árbol, escribir el libro —en la comodidad de un estudio— y observar al retoño dar sus primeros pasos, precisamente en lo que será su patrimonio? ▲▲

⁵ Las varillas que se emplean para “armar” las losas de concreto deben tener una separación de la superficie interna de la losa de entre 1.5 y hasta 3 cm. A esta separación se la conoce como recubrimiento, y debe vigilarse para que las varillas no queden expuestas, de modo que se evite la corrosión.

Fotografías: Jorge Vázquez Ángeles

